Parte IV

Las familias, las migraciones y los desplazamientos forzados en Colombia

La violencia y la masacre en Bojayá: rupturas, daños y recomposiciones desde la perspectiva familiar*

MARTHA NUBIA BELLO
Profesora, Departamento de Trabajo Social
Universidad Nacional de Colombia

Como es conocido por la mayoría de los colombianos, el 2 de mayo de 2002, murieron en Bojayá aproximadamente 119 personas, debido a la explosión de un cilindro de gas lanzado por las FARC en enfrentamiento con los paramilitares. Estos hechos causaron, además de las muertes mencionadas, el desplazamiento de prácticamente todos los habitantes del municipio, 5.771 personas, unas 1.744 familias,[1] quienes huyeron hacia Quibdó no solo de Bellavista,[2] sino también de otros corregimientos cercanos.

La mayoría de las familias debieron buscar apoyo donde parientes y amigos, debido a que en uno de los albergues improvisados en Quibdó ya se encontraban más de 2.000 personas desplazadas. Quienes no lograron ubicar familias o redes de apoyo fueron alojados en el auditorio del gimnasio anexo a la Universidad Tecnológica del Chocó.

---

* En este documento se exponen reflexiones construidas en equipo, en el marco del proyecto de investigación "Impactos psicosociales de la masacre, enfrentamiento armado y desplazamiento forzado en Bojayá- Chocó" financiado por Colciencias, y cuyos resultados se publicaron en el libro "Bojayá, Memoria y Río. Violencia política, daño y reparación". Bogotá: Ed. Unibiblos, 2005.

[1] Red de Solidaridad Social, "Informe sobre desplazamiento forzado en el Medio Atrato", 14 de junio de 2002.

[2] Bellavista es la cabecera municipal de Bojayá.

Luego de cuatro meses de estadía en Quibdó, la población se vio forzada a regresar porque no encontró condiciones de vida dignas. Durante su permanencia en la ciudad primó el hacinamiento, la alimentación precaria, diversos problemas de salud y una alta desocupación, situaciones desencadenadas por las deficiencias en la atención humanitaria. Las difíciles condiciones de vida, junto con las promesas de la Red de Solidaridad Social, la cual ofreció más ayuda humanitaria para quienes volvieran, influyeran en el retorno de gran parte de la población.

> Retornamos en septiembre; nos prometieron tres meses de alimentación y no nos dieron ni un día de alimentación, nos prometieron mucha cosa, que nos iban a apoyar proyectos productivos, incluso a nosotros nos tocó presentar un proyecto de ebanistería y que en quince días nos aprobaban eso y hasta hoy, van dos años y nada. Hombre, Bellavista, 2003.

En septiembre, después de cuatro meses de miradas contemplativas, de campañas de solidaridad, de registros, inscripciones y confrontaciones, la población regresó a Bojayá, pero no toda; algunos se quedaron porque dijeron no soportar la ausencia de sus seres queridos, y otros, porque prefirieron la incertidumbre y el desarraigo en un lugar extraño, y no la certeza de la amenaza y el miedo en su lugar de origen. Retornaron aproximadamente 2.000 personas a Bellavista, apenas un 60% de la población sobreviviente. Los que volvieron, los retornados, no aguantaron la ciudad, el hacinamiento y el destierro y, en la mayoría de los casos, regresaron con sus familias incompletas. Volvieron con la promesa de un pueblo nuevo anunciado a voz por los funcionarios del gobierno; un pueblo reubicado, donde no los amenazara la furia del Atrato (el río con el que han convivido por años), un pueblo con casas de concreto tan bonitas como las de la ciudad (y tan seguras como las paredes de la iglesia), un pueblo soñado, con agua, luz, escuela y fuentes de trabajo.

Sin embargo, tres años después de la masacre, los informes de seguimiento realizados por diferentes instancias, demostraron una precaria respuesta del Estado frente a los compromisos adquiridos en la realización de obras y proyectos productivos y, en general, de atención para la población retornada. Según la Defensoría del Pueblo,

> la integralidad esperada y necesaria de la intervención estatal en la región del Medio Atrato es insuficiente. La presencia de la fuerza pública no ha estado acompañada de inversión social, ni del apoyo suficiente, en términos de asesoría, asistencia técnica y de recurso humano a las administraciones municipales. El drama humano que ha sido esta tragedia sin precedentes en el país parece no ser suficientemente entendido por el gobierno nacional, pues a la fecha no ha

desarrollado acciones de atención psicosocial para la reparación emocional de la comunidad.[3]

A la incapacidad y anuencia del Estado para responder a la comunidad frente a su derecho a la reparación integral, se agrega la sistemática y vertiginosa dinámica de la guerra, evidenciada en nuevos enfrentamientos armados, amenazas y desplazamientos, situación que dificulta la capacidad de afrontamiento individual y colectivo, y disminuye las posibilidades de organización y de acción de las comunidades indígenas y afrocolombianas que allí habitan. Esto sumado a que las diversas manifestaciones de impunidad incrementan el nivel de malestar emocional y promueven la destrucción del tejido social.

Rupturas y transformaciones en el ámbito colectivo

La irrupción de la violencia y de la muerte en Bojayá, evidencia rupturas en varios niveles; por un lado, en la dinámica de las redes sociales que sustentan la vida de los individuos en el colectivo que, en palabras de Bateson,[4] constituye el sistema significativo con el cual interactúan los individuos, y que desde la perspectiva de Sluzki[5] no se reduce a la familia nuclear o extensa, sino que incluye a todo el conjunto de vínculos interpersonales de los sujetos: familia, amigos, relaciones de trabajo, de estudio, de inserción comunitaria y de prácticas sociales. Y, por otro lado, rupturas en el tipo de pactos que sustentan estas relaciones, es decir, en los discursos y narrativas que el colectivo acepta como verdaderos y que afirman los fundamentos de las leyes que rigen su funcionamiento, definiendo así costumbres, normas, valores y tradiciones que mantienen las interacciones.

La manera particular como se relacionan estos escenarios que constituyen el sistema de significación de un colectivo, crea el universo de sentido de las culturas. Por tal motivo, las rupturas que se presentan en este campo plantean crisis de sentido, dudas en las certezas construidas, en "su mundo dado por supuesto", que les ha posibilitado *saber* acerca del entorno que les rodea; *hacer*, es decir desarrollar actividades que les permiten vivir de acuerdo con las circunstancias; *estar*, ubicarse en el lugar de acuerdo con la sabiduría acumulada; y *ser*, tomar decisiones a partir de la autonomía que genera la certeza de saber quién soy tanto para sí como para los otros.

Con respecto al *saber*, la presencia constante de la violencia en la región desde tiempo atrás, así como la masacre, provocaron no solo la desaparición física de

[3] Según comunicado "Defensoría presenta acción para reclamar indemnización a afectados por la masacre de Bojayá". Defensoría del Pueblo, 29 de abril de 2003.

[4] Bateson, Gregory. *Pasos hacia una ecología de la mente.* Buenos Aires: Paladin, 1973.

[5] Sluzki, Carlos. *La red social: frontera de la práctica sistémica*. Barcelona: Gedisa, 1996.

algunas figuras significativas de la comunidad sino que también interrumpieron procesos de formación que lesionan gravemente la identidad cultural de la comunidad: aquellos mayores portadores de la sabiduría, dueños de los secretos y de las habilidades para curar los males del cuerpo y del alma; aquellas mujeres infaltables en los rituales de nacimiento, celebración y funerarios; estas personas, –los tíos, mayoritarios y matronas– además de ser perseguidos por los actores armados, quienes temen también a sus poderes y a su capacidad para generar dinámicas de autonomía y defensa del territorio, han perdido también la posibilidad de mantener los procesos de transmisión que garantizan la continuidad en ciertos aspectos básicos de su cultura. De esta manera, estos seres humanos tanto como su sabiduría, empiezan a ser concebidos como del pasado, como atributos perdidos.

Las dinámicas orientadas al *hacer* han sido especialmente afectadas en Bellavista; aquellas prácticas habituales referidas a trabajar la tierra, a la pesca y a las labores artesanales, presentan una serie de obstáculos para desarrollarse, debido especialmente al control de los actores armados, quienes determinan hasta dónde y a qué horas se puede caminar, sembrar y pescar. Alejarse de la cabecera municipal reviste especial peligro, así como movilizar los productos. Las actividades vinculadas al río como la pesca, ya no se realizan porque en los horarios considerados ideales para hacerlo está prohibida la circulación por el Atrato.

Por otro lado, la permanencia y estabilidad en el territorio ha dejado de ser una certeza, tanto por la posibilidad de nuevas incursiones armadas, como por la expectativa ante el proyecto de reubicación. La comunidad se plantea interrogantes frente al sentido de cultivar si en cualquier momento hay que salir corriendo, o de arreglar las viviendas, si existe la posibilidad de que el pueblo quede en otro lado. Estas incertidumbres los sumen en la desocupación y por lo tanto en la dependencia. El arroz, el plátano y el pescado hay que comprarlos, pero como no hay dinero, entonces hay que esperar a que las instituciones aseguren el alimento.

Sin actividades productivas, sin la certeza de mantenerse en el lugar que se habita, sin poder hacer lo que históricamente hicieron, "ganarse el sustento y mantenerse por sí mismos", el pueblo deja de ser lo que era. Vivir hoy en Bojayá, *estar,* es más un accidente o un episodio esporádico y transitorio pues se está en un presente detenido, que solo cambiará por la acción de los otros y que por lo tanto, les niega a quienes allí habitan, la posibilidad de incidir sobre el territorio y sobre la vida que quieren vivir.

Las transformaciones abruptas provocadas por la violencia y la masacre en Bojayá sobre el *ser* y el *hacer* de sus habitantes "*deshacen el mundo*". Los referentes de protección, las creencias y sus prácticas cotidianas fueron puestas en cuestión, se vieron abocados a transformar el uso del territorio, figuras representativas que

cohesionaban la comunidad fueron asesinadas o tuvieron que huir y el sentido del nosotros se fragmentó.

La masacre, por lo tanto, genera sentimientos profundos de indefensión, pues la comunidad considera que fallaron todos los intentos y estrategias de protección a los cuales apelaron. Nada sirvió, ni estar en el único sitio hecho de concreto (a diferencia de sus casas hechas de madera), ni estar juntos para protegerse, ni estar acompañados de las figuras de mayor poder espiritual (el padre y las matronas), ni ser inocentes y sin pecados (niños y niñas), ni invocar su condición de población civil (el derecho humanitario). Nada detuvo la acción de los armados. Los sobrevivientes no saben por qué sobrevivieron, ni entienden por qué los otros fallecieron.

Las características de las dinámicas familiares

El trabajo de campo realizado durante la investigación, así como la consulta de los diversos estudios que existen sobre la familia afrochocoana;[6] permiten reconocer una dinámica familiar que se construye y reconstruye de acuerdo con patrones culturales de larga duración, provenientes de las tradiciones africanas y de la influencia de las instituciones coloniales, así como de patrones que han ido consolidándose, de acuerdo con el contexto sociopolítico y económico actual.

Los datos corroboran que en las tipologías y dinámicas familiares de Bojayá y en la zona del Medio Atrato, prevalece la estructura de la familia extensa y las uniones de hecho poligámicas (especialmente la forma *dispersa o encubierta)*, en las cuales un hombre tiene varias compañeras que viven en unidades habitacionales distintas.

Como lo plantea Gutiérrez,[7] el matrimonio civil o católico "es una práctica poco frecuente en esta zona rural del Medio Atrato". De acuerdo con las caracterizaciones identificadas en investigaciones previas, las uniones de hecho se iniciaban por lo general en la adolescencia; sin embargo, en la actualidad este aspecto reviste cambios significativos. Estas uniones se dan en una menor proporción, debido al contexto económico que dificulta el sostenimiento del

[6] Véase Gutiérrez de Pineda, Virginia. *Familia y cultura en Colombia*. Coediciones del Tercer Mundo, Departamento de Sociología, Universidad Nacional, Bogotá, 1968. Losonczy, Anne Marie. "Les saints et la Foret : système rituel des negro colombiens : èchanges inter- ethniques avec les Embera du Chocó (Colombia)". Tesis de doctorado, Universitè Libre de Bruxelles, 1992. Camacho, Juana y Restrepo, Eduardo. *De montes, ríos y ciudades: territorios e identidades de la gente negra en Colombia*, Fundación Natura, Instituto Colombiano de Antropología y Ecofondo. Bogotá, 1999. Friedemann, Nina de y Espinosa, Mónica. "Colombia: la mujer negra en la familia y su conceptualización", en Astrid Ulloa (Editora). *Contribución africana a la cultura de las Américas*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología – Biopacífico. 1993.

[7] Gutiérrez, 1989, *op. cit.*, p. 284.

hogar y de los hijos, así como la mayor vinculación de las adolescentes mujeres al sistema educativo formal y la sensación permanente de falta de control y de inseguridad que impone el conflicto armado en la zona. Estas situaciones postergan la decisión de establecer una unión y ponen en duda la capacidad de asumir el sostenimiento de otro hogar.

La familia extensa es fundamental porque provee apoyo, no solo en la crianza y sostenimiento de los hijos, sino en el establecimiento de redes de solidaridad, transacción y comunicación. Según Niara Sudarkasa, citada por De Friedemann y Espinosa. "el más importante legado africano en la diáspora es el que proviene de la familia extendida, la cual recreó principios éticos, modos de comportamiento, rasgos estructurales y orientaciones cognoscitivas en nuevos lenguajes de parentesco, que les permitieron a los negros sobrevivir en el nuevo mundo"[8].

Por esto, la familia nuclear no representa el centro o unidad primaria de la comunidad: "El matrimonio de un hombre y una mujer no significaba el comienzo de una nueva familia, sino la ampliación de una familia extendida, base principal de muchas sociedades africanas, que estaba formada por una constelación de parientes que descendían de un ancestro fundador del grupo"[9].

El parentesco se ha definido históricamente a partir de los *troncos familiares* o apellidos que se establecieron durante los primeros asentamientos alrededor de los ríos, como una estrategia de organización de las comunidades para controlar los recursos de la zona[10], sobrevivir, desarrollar trabajos colectivos y desplegar sus relaciones de solidaridad y respeto.

> Las relaciones de parentesco se establecen de muchas maneras, por ejemplo, por lazos de sangre, por compadrazgo, por afinidad, por la unión con otras familias gracias a las relaciones de pareja, y por paisanaje, cuando se está afuera de la tierra natal. También se establecen relaciones de parentesco por lazos simbólicos, con un significado especial para las comunidades; por ejemplo, los hermanos de pila o padrinazgo y los hijos e hijas de crianza[11].

La percepción de jefatura responde más a preceptos culturales que reconocen la descendencia familiar principalmente en el hombre. Son comunes los casos

---

[8] Friedemann, Nina de y Espinosa, Mónica., *op. cit.*, p. 102

[9] Ibíd. p. 102

[10] Véase el estudio de De Friedemann y Espinosa. Sobre Güelmambí-Barbacoas, donde los troncos familiares controlan recursos en los territorios mineros de esta zona. "La familia minera en el litoral Pacífico", en Pablo Leyva (ed.), *Colombia Pacífico*, tomo II, Bogotá: Editorial del Fondo FEN, 1993.

[11] Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato. "Medio Atrato. Territorio de Vida." Red de Solidaridad Social, Presidencia de la República, Bogotá, 2002, p. 68.

en los que el ejercicio práctico de la jefatura y el soporte de la familia los realiza la mujer por la movilidad constante del hombre y por la poliginia existente. Esto delega la crianza y el cuidado de los hijos en la línea materna o, en otros casos, en la familia extensa. Los hombres actúan como maridos transeúntes que procrean y permanecen un tiempo limitado dentro de los hogares que conforman o a los cuales ingresan. La posición del hombre se otorga por la relativa provisión económica que suministra a la familia, ya que coordina el bienestar material de esta y conserva cierta autoridad e injerencia en la vida familiar de cada hogar de procreación, así su responsabilidad esté limitada por la inestabilidad de las uniones que conforma.

La imagen del hombre se asocia con su capacidad progenitora, su identificación social es la poliginia, y su poder económico se proyecta según el número y bienestar de sus mujeres.

> La figura paternal se haya representada por maridos transeúntes, que llegan, asimilan por un tiempo mínimo su papel en la familia y al impulso de las presiones migratorias tornan a irse dejando el lugar, la responsabilidad y el derecho a otro varón, que llega más tarde y procede en forma similar al precedente.[12]

Con relación a la paternidad, las obligaciones se concentran en la tarea reproductiva, ya que no hay una constante en las funciones paternas, las cuales son asumidas de manera más circunstancial y según su voluntad. Las imágenes sobre los padres son diversas y poco aluden a su influencia o reconocimiento de responsabilidades. Algunos hijos no han conocido a sus padres o tienen recuerdos fragmentados de estos.

El sostenimiento de la familia y la autoridad se estiman como un deber femenino, que en algunos casos, es compartido con los maridos. Los hijos son responsabilidad de la madre; incluso sí estos ingresan al núcleo familiar siendo hijos del esposo. Cuando la mujer no puede asumir todas las obligaciones, acude primero a la solidaridad de la familia de origen, a su familia extensa o a la red vecinal.[13] Cuando no se cuenta con las condiciones para sostener a los hijos, estos se entregan a familiares, compadres o amigos con un nivel económico superior (donde reciben el nombre de "entenados" o "hijos de crianza") para que les sea

[12] Gutiérrez., *op. cit.* p. 309.

[13] Vecinos, padrinos, abuelos y abuelas, asumen la crianza de sus nietos y junto con los viejos poseen saberes sobre plantas y remedios que curan y previenen enfermedades lo cuales hacen parte de tradiciones y prácticas ancestrales que enseñan a los niños y a los adultos en general. Todos ellos/as/ son un apoyo fundamental en la crianza y el cuidado de los niños; los protegen, acogen en sus hogares y no en pocos casos ayudan al sustento diario.

dado el sustento y la educación. Una vez que los hijos crecen y pueden trabajar, en ocasiones regresan al hogar nuclear.

Los hijos, desde tiempo atrás representaban tanto para la madre como para el padre el centro de la vida, la continuidad del grupo, la posibilidad de sobrevivir y de mantener el apellido, así como la retribución de los cuidados y sacrificios en la vejez. Esta pauta tradicional ha tenido variaciones; las nuevas uniones no piensan en tener varios hijos que atiendan estos requerimientos; las limitantes impuestas por el contexto han conducido a la decisión de tener menos hijos o, incluso, a no tenerlos.

Aunque no es factible afirmar que esta decisión sea una consecuencia directa de la guerra, dado que las condiciones económicas influyen notablemente en este aspecto, es claro que la sensación de pérdida de control, de inseguridad e inestabilidad, y por consiguiente, del sentido del mañana, de los hijos y de la vida misma, sí derivan directamente de la continuidad y del recrudecimiento del conflicto armado. Luego de la masacre del 2 de mayo en Bellavista, de forma generalizada los adultos manifiestan una enorme preocupación respecto a los niños, aquellos que nada tienen que ver, los más inocentes. Las muertes de niños, niñas y adolescentes en la masacre, los sufrimientos vividos por ellos durante el desplazamiento, las críticas condiciones en las que viven y que se agudizan con la presencia de otras familias desplazadas de corregimientos vecinos, además de la falta de opciones claras frente al futuro, hacen inevitables estas preocupaciones.

Sobre la articulación de las unidades familiares y las redes de apoyo

La forma como se constituye la familia afrocolombiana del Medio Atrato tiene gran importancia en la dinámica que desarrollan estas comunidades; las características que ha adquirido el poblamiento, la posesión de la tierra, la producción y la organización religiosa, social y política está definida por los vínculos que se establecen entre estas redes familiares.

> Gracias a los múltiples lazos de parentesco que se tejen en la familia extensa ha surgido la forma particular en que las comunidades se han apropiado del territorio en el Medio Atrato. La ubicación en línea de los poblados, al borde del río, está basada en una red de parientes con los que se comparte un sector del río a partir de un "tronco familiar" o apellido, del cual se desprenden los demás... El sistema de parentesco también está relacionado con la forma de organización social que han construido las comunidades y que determina el papel que cada miembro de la comunidad desempeña en el trabajo que realiza.[14]

[14] Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato., *op. cit.*, p. 69.

En la región se corrobora la existencia de fuertes lazos de solidaridad y de apoyo ante diversas situaciones que operan como mecanismos de supervivencia colectiva: crianza de los hijos, cuidado en la enfermedad, participación en los rituales de nacimiento o de muerte, en el trabajo agrícola, en las festividades religiosas o celebraciones comunitarias y, por supuesto, ante eventos críticos violentos (la masacre, el desplazamiento). Las principales redes de apoyo antes, durante y luego de los sucesos violentos vividos, se refieren a las redes vecinales y familiares, y también de amigos.

La cohesión tradicional se sustenta en la compleja estructuración de las redes familiares, recordando que estas no se limitan a la consanguinidad sino que también se refieren a relaciones de padrinazgo, paisanaje, crianza, compadrazgo y afinidad; por lo tanto, situaciones como la fragmentación de esas redes en el caso de familias que decidieron no retornar a la zona del Medio Atrato o de otras que se separaron internamente, dejan serios interrogantes sobre el devenir de la comunidad.

Teniendo en cuenta lo anterior, a continuación se hace un análisis de las dinámicas que generan la masacre, el desplazamiento y el retorno de la población en las familias.

La masacre, los daños, pérdidas y recomposiciones familiares

Los cambios en la estructura y en los roles de la familia se refieren, entre otras razones, a las ausencias generadas por la muerte de los familiares durante la masacre. Las pérdidas de las familias son múltiples y heterogéneas ya que la muerte afectó a la población de manera indiscriminada; no obstante, las cifras indican que un número apreciable de muertos, cerca de 44,[15] fueron niños y niñas. Este hecho sugiere que la mayor parte de los cambios en la estructura familiar y de los duelos se concentran en los padres y madres que perdieron a sus hijos e hijas. En las familias donde murieron varios miembros durante la tragedia del 2 de mayo de 2002, las pérdidas múltiples[16] han generado una fragmentación en la red de parentesco, puesto que varios de sus integrantes se han dispersado hacia otros lugares.

Los cambios introducidos en la familia, a partir de las pérdidas de los familiares tienen que ver con las modificaciones de los roles de padres, hijos y hermanos. Por ejemplo, en algunos hogares en los que fallecieron los padres, los hijos e hijas han tenido que asumir el cuidado de sus hermanos menores, aunque incluso,

[15] Debido a las deficientes acciones en el proceso de reparación a las víctimas, el número de personas muertas es aún indeterminado. Las distintas fuentes varían sobre estos datos.

[16] Se presentan casos de personas que perdieron más de 20 miembros de su grupo familiar.

desde edades tempranas esta crianza es asumida con ayuda de la familia extensa y de la comunidad que los rodea.

En el caso de las mujeres cuyo compañero falleció, éstas deben asumir de forma simultánea el rol de proveedoras, el doméstico y el de crianza. En estas circunstancias, uno de los hijos o hijas u otro familiar asume el rol del padre, determinando una transformación familiar que permita suplir la ausencia de este. Aunque con el fallecimiento del padre o del proveedor, es usual que se apele al respaldo de los hijos hombres-mayores, son las mujeres madres quienes asumen esa responsabilidad en primera instancia.

Cuando la muerte se refiere a la ausencia de la madre, el rol doméstico queda vacío tanto en el ejercicio de las labores prácticas como en el soporte afectivo de crianza y socialización que la mujer desempeñaba. Por esta razón, las hijas mayores asumen el cuidado de la familia o bien, se dan procesos de recomposición familiar con una nueva unión contraída por el padre.

En el caso de los ancianos y ancianas que murieron, la familia extensa ha sufrido una abrupta recomposición, puesto que las casas y las familias se organizaban en torno a ellos y ellas, como ejes centrales de la familia extensa. Ante su ausencia, el legado, la herencia cultural y la tradición de la comunidad están en riesgo, puesto que a diferencia de las pérdidas de padres o madres que pueden ser remediadas de alguna forma por otras personas que asumen esta función; en el caso de los abuelos y abuelas, el rol no puede ser reemplazado, en tanto que se requiere una cualificación del saber tradicional que solamente es adquirido con la edad y el conocimiento acumulado, según los preceptos culturales asumidos por el grupo.

Si bien se ha hablado de pérdidas en vidas humanas que implican cambios en las estructuras familiares y en los roles sociales, también se presenta la situación de los *heridos* del 2 de mayo, que son casi tantos como el número de muertos,[17] y que aún no han sido reconocidos como víctimas. Muchas de las personas que se encontraban en la iglesia sufrieron lesiones personales de consideración que repercuten ostensiblemente en su proyecto vital. Estas personas además de afrontar los duelos por sus familiares y vecinos muertos, deben asumir el dolor y las molestias causadas por las esquirlas alojadas en diferentes partes del cuerpo, lesiones auditivas y visuales, mutilaciones de miembros superiores e inferiores, cicatrices y señales de cirugías, entre otras. En algunos casos, personas que sufrieron heridas de este tipo quedaron imposibilitadas para continuar ejerciendo la labor de sostenimiento del hogar, por lo que otro familiar debió encargarse de proveer a la familia.

[17] Según datos de la Red de Solidaridad Social fueron 160 heridos y un número indeterminado de desaparecidos.

Las familias y la transformación de roles y de los procesos de socialización

Como se puede deducir por las situaciones descritas, son múltiples las transformaciones provocadas en la familia a raíz de la masacre, el desplazamiento y el retorno. Además de los desarraigos y de las fragmentaciones provocadas por las decisiones de quedarse o retornar, son evidentes los cambios de roles, incluso durante el tiempo de permanencia en Quibdó, tiempo en el cual muchas mujeres iniciaron el desempeño de actividades remuneradas, situación que las hizo ubicarse de manera distinta con respecto a los hombres y que incidió en su percepción frente al retorno.

La transformación de los roles tradicionales ejercidos por mujeres y hombres, sumada a las precarias condiciones económicas de algunas familias desplazadas en Quibdó y a la fragmentación de las redes de parentesco, determinaron que algunos hombres retornaran solos a Bellavista, dejando a sus mujeres e hijos en Quibdó bajo el compromiso de continuar apoyando económicamente a sus familias. El retorno de estos hombres a Bellavista, los ha obligado a suplir la ausencia de la mujer ya sea desempeñando el rol tradicional de esta, es decir, aprendiendo a cocinar, a lavar y a arreglar la vivienda; contratando a una de las mujeres que retornaron al pueblo para estas labores, o estableciendo una nueva relación afectiva, a través de la cual se configura un nuevo núcleo familiar.

Asimismo, la continuidad del conflicto armado en la zona del Medio Atrato ha alterado los procesos productivos tradicionales para el sostenimiento familiar. Las labores agrícolas y agropecuarias, son cada vez más sustituidas por actividades comerciales (instalación de tiendas de abastos, o distribución de combustible) en la cabecera municipal o por la tala de bosques en los territorios colectivos. Esta situación se ha generalizado porque las actividades comerciales, a diferencia de las tradicionales que requieren estabilidad y períodos diferenciados de inversión y de ganancia en el proceso productivo, implican menos pérdidas en bienes y dinero si ocurre un desplazamiento forzado por amenazas a sus vidas.

Las modificaciones en la crianza y los procesos de socialización

Para quienes decidieron quedarse en Quibdó, la crianza de los hijos se transforma y se limita ahora a la familia nuclear, ya que no cuentan con el apoyo de la familia extensa. En Quibdó, la crianza se realiza en medio de situaciones ambivalentes: por un lado, favorable a la "estructuración" de los niños y niñas, ya que se cuenta con nuevos y mejores métodos de aprendizaje; y por otro lado, existe el temor frente a las condiciones de inseguridad en la ciudad, lo que restringe la salida de los niños y niñas a la calle, y hace que estos extrañen el juego en su

territorio (ríos, lomas, animales), pese a que la ciudad también ofrece elementos seductores como los juegos electrónicos, los computadores y los carros.

En el caso de los que retornan, la responsabilidad de la crianza tradicionalmente asumida por madres, abuelas y padrinos con el apoyo de la comunidad, ahora es interferida por agentes externos como las fuerzas militares. La autoridad conferida a estos actores del conflicto armado se debe al temor y al carácter guerrero que implica su investidura, lo cual le otorga efectividad a las sanciones que aplican a los niños y niñas. Algunas madres, ante la desobediencia de sus hijos, utilizan la amenaza de este castigo para atemorizarlos y lograr que respondan con las tareas asignadas. Esta situación denota un traspaso de autoridad, personificada anteriormente en los mayores –como personas que representaban el saber tradicional–, hacia los actores armados que hacen uso del poder físico y militar en la zona.

En otros casos, el castigo físico cobra una significación diferente: luego de la masacre, algunos padres y madres evitan golpear a sus hijos e hijas, en consideración a las pérdidas que tuvieron de familiares o personas cercanas. Al observar a los niños y niñas afectados por los hechos violentos y por el aumento de las presiones propias del conflicto armado, los padres cuestionan el uso del castigo físico como pauta tradicional de crianza.

Teniendo en cuenta que se incluye al actor armado dentro de estos nuevos referentes de autoridad y de respeto colectivos, no es difícil que las jóvenes sientan atracción por estos actores externos. En la búsqueda de reconocimiento social, encuentran al soldado como un hombre ideal que reúne no solo el poder y la masculinidad, sino que en su condición de "paisa" –hombre blanco y antioqueño–, representa una posibilidad de ascenso social y referente cultural superior.

Las relaciones afectivas entre mujeres jóvenes y soldados de los distintos ejércitos que circulan en la zona ponen de manifiesto una dificultad para reconocer los límites entre la comunidad y los actores armados. Los soldados ahora hacen parte de la familia, lo cual los autoriza para recoger información, participar en los espacios de celebración, organización y decisión colectiva. Distintos analistas del conflicto armado han planteado que este tipo de relaciones aparentemente casuales, encubren estrategias de guerra que persiguen el control social y la injerencia del poder militar en la vida cotidiana de la comunidad.

Por otra parte, los testimonios dan cuenta de una mayor permisividad de los adultos hacia los espacios de diversión de los jóvenes. Se dice que como la vida cambia de un momento a otro por la muerte, es necesario vivir con intensidad el presente: "Es mejor que se diviertan porque ahora la vida se le acaba a uno rápido". Además, en varios núcleos familiares algunos hombres han dejado de maltratar a sus compañeras porque la experiencia de la pérdida que han vivido otros hombres los ha llevado a cuestionar las situaciones de maltrato con su pareja.

De todas formas, en varios casos la violencia logra incorporarse en las discusiones familiares y en las sanciones verbales que ejercen los padres hacia los hijos.

Las transformaciones en las redes y soportes familiares

La colectivización de los procesos de crianza, la solidaridad frente al desabastecimiento de los recursos para la subsistencia y la confianza que genera el respaldo colectivo, son elementos que contribuyen a superar las situaciones de tensión, pérdida y dolor a las que se ven enfrentados los núcleos familiares.

Las entrevistas permitieron corroborar la existencia de fuertes lazos de solidaridad y apoyo como mecanismos de sobrevivencia colectiva ante eventos críticos. Al preguntar sobre las principales redes de apoyo existentes antes, durante y luego de la masacre, las familias mencionaron como principal fuente la red vecinal (que en ocasiones coincide con la familiar o de compadrazgo) seguida por la familiar, y la conformada por los amigos.

Si bien se da por sentado que esta red social es vigente en Bellavista y que aún constituye el soporte principal de la comunidad, también se reconoce que la guerra y las acciones institucionales han debilitado el tejido social constitutivo de la red. Este debilitamiento se genera y expresa en:

- La ausencia, por muerte o por desplazamiento, de figuras representativas, determinantes en los procesos de convocatoria, cohesión y organización social.
- La emergencia de liderazgos reconocidos, alentados y legitimados por las instituciones, pero sin credibilidad y respeto en el seno de la comunidad, que no se siente representada y asocia a estos líderes con la búsqueda de intereses particulares, en detrimento de los colectivos.
- La fragmentación interna de la comunidad, debido a los procesos individualizados y excluyentes de atención y reconocimiento en las tareas de reparación y de atención.
- La dependencia generada por el carácter asistencial de los programas gubernamentales, que desestimula el trabajo individual y colectivo y, en últimas, paraliza la iniciativa de nuevos proyectos.
- La disminución de los eventos y rituales reafirmadores de la identidad colectiva y de pertenencia a la comunidad, en parte por la falta de credibilidad en la eficacia de sus rituales (debido a su incapacidad para protegerlos), o por los sentimientos de tristeza y escepticismo que suscitan.
- La desconfianza y el aislamiento generado por las presuntas alianzas de algunas personas de la comunidad tanto con agentes institucionales como con actores armados.

Estos aspectos hacen pensar que las personas encuentran menos razones para afirmarse en su lugar, en su comunidad y además, que existen factores que debilitan o impiden una "acción colectiva" que les posibilite su acceso a derechos y al ejercicio de su autonomía. Debido a estas evidencias, se considera que las acciones institucionales de apoyo deben aportar a la reconstrucción del tejido social y a fortalecer la noción de derechos, lo cual debe traducirse en una mayor capacidad organizativa, fundamental para el proceso de acceso a la ciudadanía.

Reflexiones finales

Los impactos de la violencia, la masacre, el desplazamiento y el retorno sobre la familia merecen ser analizados en una perspectiva que reconozca:

- La relación particular que este grupo étnico establece con el territorio; en especial, los desarraigos y la falta de autonomía para habitarlo y vivirlo, aspectos que generan sentimientos de pérdida, desprotección y falta de pertenencia y que alteran profundamente las perspectivas de futuro.
- Los fuertes lazos comunitarios y las características de familia extensa: rasgos afectados por las separaciones obligadas, por los conflictos que introduce la presencia institucional y por la desconfianza que promueve la guerra.
- Los mecanismos de afrontamiento anclados en su particular cultura, los cuales a pesar de los enormes costos y pérdidas, les permite hacer frente al conflicto, a la vez que reafirman y reconstruyen identidades.

Por los aspectos mencionados a lo largo de este texto, es inadecuado pensar los impactos sobre las familias, sin considerar los daños y transformaciones en el orden colectivo, en los cambios de roles y en los procesos de socialización descritos. Es necesario agregar una serie de preguntas sobre el impacto que para la vida familiar significan las pérdidas simbólicas y materiales, la destrucción de sus referentes de protección y su sentido, sumado a los múltiples duelos sin elaborar por parte de cada uno de los miembros de la familia. Teniendo en cuenta, además, que el significado y por tanto, el grado de afectación es un asunto subjetivo.

Rotos los lazos, destruidos los referentes del sentido de la vida, alterados abruptamente el destino y el vínculo con el territorio, es necesario pensar la familia como un espacio violentamente transformado, no solo por la pérdida de facto de algunos de sus miembros, sino por las crisis y por las transformaciones que sugieren dudas y cuestionamientos acerca del sentido de la vida, de la comunidad, y del territorio.

Por otro lado, la existencia de factores tales como la persistencia de la guerra en la zona; los esfuerzos de cooptación de los liderazgos por parte de las diversas instituciones; el traslado del pueblo a un nuevo lugar; la avalancha de contratistas, agencias internacionales y de miembros de la fuerza pública; la ausencia de

opciones productivas y de trabajo que les permitan ganar capacidad de sustento; se suman a las históricas condiciones de exclusión y de pobreza y atraviesan la cotidianidad, rompiendo los acuerdos y los pactos sobre los cuales se construyó un orden que les permitió nominarse y ser como colectivo. De esta manera, no solo existe un amplio riesgo de que se acentúen las crisis y rupturas familiares, sino que parece ser inminente la desaparición de un grupo étnico, que debido a la guerra, a la exclusión, a la pobreza, a la invasión de "ayudas" y de proyectos de desarrollo ajenos a sus cosmovisiones, está sumido en la desocupación, en los conflictos internos, en la añoranza, el horror y la tristeza.